



PERFILES DE UNA CIUDAD

# De vértebras y hoces

*José Luis Muñoz*

Como todas las pequeñas ciudades de la España interior —de la Europa continental, casi deberíamos decir ya— Cuenca se despierta cada mañana tomando conciencia de que existe. Surgida como por casualidad, en respuesta a una necesidad defensiva momentánea, la consolidación de la ciudad se realizó en los siglos siguientes en función de unos objetivos propios de la época. Todos ellos han desaparecido ya, dejando tras de sí la duda metafísica sobre la utilidad o conveniencia de que esta ciudad siga existiendo. Sin industria, con un comercio dedicado sólo al autoconsumo, aislada en su propio territorio (en cincuenta kilómetros a la redonda no hay ningún pueblo siquiera de mediana entidad) y pertinazmente castigada por los poderes públicos que se empeñan, desde hace más de un siglo, en dejarla al margen de todas las vías de comunicación que cruzan en distintas direcciones la piel de toro, la ciudad mantiene en vigor una suerte de adormecimiento que, por otro lado, tiene mucho de autocomplacencia masoquista.

No estamos ya en los duros y amargos años de la España triste y mísera, en los que Cuenca inspiró bellas páginas a Galdós y Baroja. En ellos se acuñó el sentimiento de su propia desgracia, que asumió con mansedumbre, mientras culpaba, con plácido convencimiento a quién sabe que especie de extraños hados adversos, responsables de malignos complots encaminados a sumir en el olvido a una ciudad tan bella como desamparada. Esta expresión de confianza —para lo bueno y lo malo— en fuerzas exteriores es, muy posiblemente, una de las causas principales, si no la primera, de que el tiempo pase de largo, dejando tras de sí un poso de progresiva amargura.

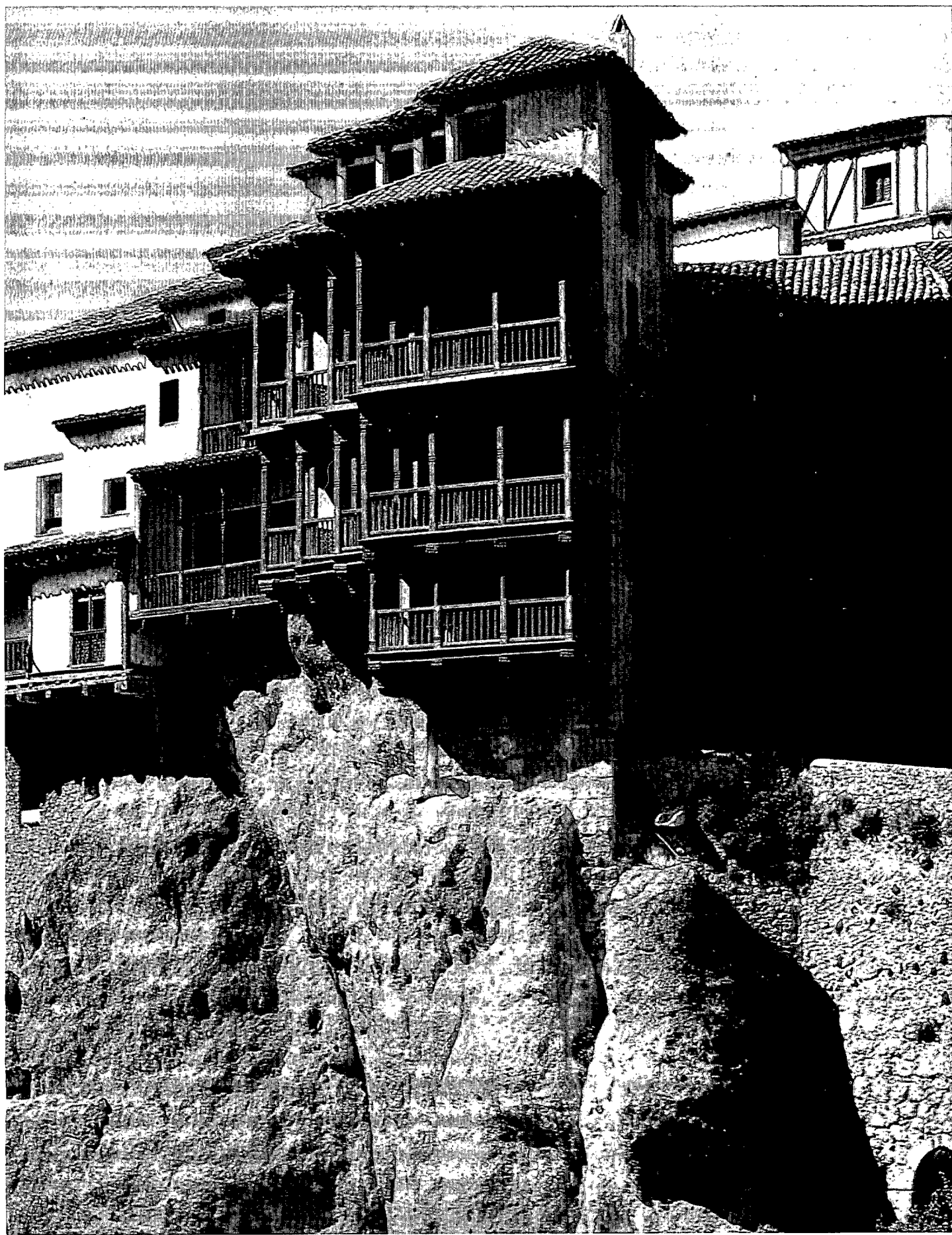
Ha faltado en Cuenca, en estos dos siglos, una auténtica y sincera vertebración de voluntades individuales en un posicionamiento colectivo. La historia de estos doscientos años ofrece unos hitos, pocos, muy pocos, de carácter personal, aislados en su propia momentánea heroicidad y casi ninguno de carácter colectivo. Y no por falta de iniciativas. Las ha habido, con llamamientos solemnes al esfuerzo común, y a la participación en una empresa solidaria, la de regenerar,

rescatar, revitalizar, recuperar, relanzar... Cuenca. Iniciativas cuyo propio entusiasmo pasajero han provocado, de inmediato, la sospecha reacia de quienes se sintieron postergados en su génesis.

La Real Sociedad Económica de Amigos del País llegó a reunir a finales del siglo XIX la impresionante cifra de 14 socios; la Asociación de Amigos de Cuenca, en la segunda mitad de esta centuria, promovía el interés de una veintena de personas. Ver una manifestación callejera en Cuenca produce un sentimiento desolador: quienes están viendo escaparates en las aceras son más de los que van en procesión tras la pancarta inicial. De ahí la excepcionalidad histórica que la opinión pública concede a la manifestación por la autovía del año 1992, punto de referencia casi mítico, porque ha sido la única ocasión contemporánea en que esta ciudad ha decidido pasar de la vida contemplativa a la acción.

Pero superado el trauma, la emoción se diluye y la paz vuelve a los espíritus. Quienes deberían acertar a vertebrar voluntades y dirigir esfuerzos orientados al bien común, los partidos políticos, se envuelven en el caparazón de su propio egoísmo que tiene como único horizonte la captación del voto del desánimo. En los periódicos se suceden artículos de opinión, cartas al director; en las emisoras, las llamadas desafortunadas de oyentes anónimos. Las culpas las tienes otros. Madrid, Toledo o Bruselas, que toman decisiones contrarias a nuestros intereses; o valencianos y murcianos que se llevan el agua; o vascos y catalanes que salen beneficiados en el reparto de la gran tarta económica nacional.

Raramente se produce la autocrítica, casi nunca alguien alude a la falta de estímulos colectivos, de esfuerzos en solidaridad, de ambiciones impulsadas por un proyecto común. Cada cuál parece tener la varita mágica, sin que pueda convencer al vecino de la utilidad de su pequeña utopía. De esta forma, la invertebración de la sociedad conculca conduce a la inutilidad de unos propósitos siempre pospuestos para el próximo año. Eso sí, queda la autocomplaciente contemplación de la belleza de las hoces, asunto en el que, de forma indudable, existe una rara y sugestiva unanimidad. ■



Antonio Garrido

Centro de Estudios  
de Castilla-La Mancha